

PAUL AUSTER
BAUMGARTNER



Paul Auster

Baumgartner

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



Seix Barral



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Baumgartner*

© Paul Auster, 2023

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© por la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Adam Guy

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 13.338-2025

ISBN: 978-84-322-4879-5

Impreso en España

1

Baumgartner está sentado a su escritorio de la habitación de la planta alta, que, según los casos, denomina estudio, *cogitorium* o madriguera. Pluma en mano, va por la mitad de una frase del tercer capítulo de su monografía sobre los seudónimos de Kierkegaard cuando se da cuenta de que el libro donde viene la cita que le hace falta para acabarla está abajo, en el salón, donde lo dejó anoche antes de acostarse. Mientras baja a buscar el libro, se acuerda también de que ha prometido llamar a su hermana esta mañana, a las diez, y como ya es casi la hora decide ir a la cocina y hacer la llamada antes de recoger el libro del salón. Al entrar en la cocina, sin embargo, un olor acre y pene-

trante lo detiene bruscamente. Se está quemando algo, piensa, y mientras se dirige hacia el fogón, ve que se ha quedado encendido uno de los hornillos delanteros y que una llama persistente está corroyendo el fondo del cacillo de aluminio que ha utilizado tres horas antes para hacerse los dos huevos pasados por agua del desayuno. Apaga el hornillo y entonces, sin pensarlo dos veces, es decir, sin molestarse en buscar una manopla o un paño de cocina, retira del fogón el humeante y destrozado cacillo de hervir los huevos y se quema la mano. Baumgartner da un grito de dolor. Una fracción de segundo después suelta el recipiente, que cae al suelo con brusco y metálico estruendo, y luego, sin dejar de aullar de dolor, se precipita al fregadero, abre el agua fría, pone la mano derecha debajo del grifo y la mantiene allí durante los tres o cuatro minutos siguientes mientras el gélido chorro le baña la piel.

Esperando haber conjurado posibles ampollas en los dedos y la palma de la mano, Baumgartner se seca cuidadosamente con un paño, se detiene un momento a flexionar los dedos, se pasa el paño por la mano un par de veces más y luego se pregunta qué está haciendo en la cocina. Antes de recordar que tiene que llamar a su hermana, suena el teléfono. Descuelga el

aparato de la horquilla y murmura un cauto dígame. Su hermana, dice para sí, acordándose al fin de qué le ha llevado allí, y ahora que son más de las diez y no la ha llamado, está completamente seguro de que es Naomi quien está al otro lado de la línea, la cascarrabias de su hermana pequeña, que empezará sin duda la conversación regañándolo por haberse olvidado de llamarla *otra vez, como siempre*, pero en cuanto la persona que está al otro lado empieza a hablar resulta que no es Naomi, sino un hombre, un desconocido de voz balbuceante que le ofrece una especie de disculpa por llegar tarde. ¿Tarde para qué?, pregunta Baumgartner. Para leerle el contador, dice el hombre. Tenía que estar allí a las nueve, ¿recuerda? No, Baumgartner no se acuerda, no recuerda un solo momento de los últimos días o semanas en el que pensara que el inspector de la luz había quedado en pasarse por allí a las nueve, y por tanto dice al hombre que no se preocupe, no piensa moverse de casa ni por la mañana ni por la tarde, pero el empleado, que parece joven, inexperto y con ganas de agradar, insiste en explicarle que ahora no tiene tiempo para decirle por qué no se ha presentado a su hora, pero había una *buena razón*, una razón *ajena a su voluntad*, y que se pasará por allí en cuanto pueda. Muy bien, dice Baumgart-

ner, luego nos vemos. Cuelga y se mira la mano derecha, que ya se le ha empezado a irritar por la quemadura, pero al examinarse la palma y los dedos no ve indicios de ampollas ni piel levantada, solo una especie de enrojecimiento general. Podría ser peor, piensa, no me voy a morir por eso, y entonces, dirigiéndose a sí mismo en segunda persona, dice para sus adentros: Considérate un idiota con suerte, estúpido.

Se le ocurre que debería llamar a Naomi ahora mismo, en el acto, *para pararle los pies*, pero justo cuando descuelga el aparato para marcar el número, llaman al timbre. De los pulmones de Baumgartner surge un suspiro prolongado. Con el tono de llamada aún vibrándole en la mano, cuelga el teléfono, se dirige a la parte delantera de la casa y, malhumorado, da una patada al cacillo quemado al salir de la cocina.

Se le levanta el ánimo al abrir la puerta y ver que es la repartidora de UPS, Molly, visitante frecuente que con el tiempo ha adquirido la condición de... ¿de qué? No de amiga, exactamente, pero ya es más que una simple conocida, dado que desde hace cinco años se presenta en su puerta dos o tres veces por semana, y lo cierto es que el solitario Baumgartner, cuya mujer murió hace casi una década, está chiflado en secreto por esa robusta mujer de treinta y tantos años de quien

ni siquiera conoce el apellido, porque a pesar de que Molly es negra y su mujer no lo era, cada vez que la mira hay algo en sus ojos que le recuerda a su fallecida Anna. Nunca deja de ocurrir, pero difícilmente sabría decir qué es exactamente ese algo. Una sensación de alerta, quizá, aunque es mucho más que eso, o si no, algo que cabría describirse como una *atención radiante*, o bien, sencillamente la fuerza de una *personalidad luminosa*, de una viveza humana en todo su vibrante esplendor, el que emana de dentro afuera en una compleja danza cruzada de sentimiento y razón: algo así, quizá, si es que eso tiene algún sentido, pero comoquiera que se llame a ese atributo de Anna, Molly también lo tiene. Por esa razón, a Baumgartner le ha dado por pedir libros que no necesita y que jamás abrirá para acabar donándolos a la biblioteca pública del barrio con el único propósito de pasar un par de minutos en compañía de Molly cada vez que llama al timbre para entregárselos.

Buenos días, profesor, le dice, dedicándole su luminosa sonrisa como si fuera una bendición. Otro libro para usted.

Gracias, Molly, dice Baumgartner, sonriéndole a su vez cuando ella le entrega el delgado paquete marrón. ¿Cómo te van hoy las cosas?

Todavía es pronto —demasiado pronto para saberlo—, hay altibajos, pero de momento más altos que bajos. Es difícil estar triste en una mañana tan espléndida como esta.

El primer día bueno de primavera: el mejor día del año. Disfrutémolo mientras podamos, Molly. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Y qué verdad es, contesta Molly. Deja escapar una breve risa de complicidad y entonces, antes de que a él se le ocurra una respuesta ingeniosa o divertida que prolongue la conversación, ella le dice adiós con la mano y vuelve a la furgoneta.

Otra de las muchas cosas que le gustan de Molly. Siempre se ríe con sus sosos comentarios, incluso con los más pobres, los más lamentables.

Vuelve a la cocina y, sin abrirlo, deposita el paquete del libro encima del montón de envoltorios sin abrir encajado en un rincón de la estancia, cerca de la mesa. La torre se ha hecho tan alta últimamente que da la impresión de que acabará desequilibrándose con otro par de aquellos rectángulos de color marrón claro. Baumgartner toma nota mentalmente de que debe quitar hoy mismo los sobres de cartón y trasladar los libros, ya sin envoltura, a la caja menos llena que haya en el porche trasero, donde ha ido apartan-

do los libros no deseados para donarlos a la biblioteca pública. Sí, sí, dice Baumgartner para sus adentros, sé que prometí hacerlo la última vez que vino Molly, y la penúltima también, pero esta vez tengo la firme voluntad de hacerlo.

Consulta el reloj y ve que ya son las diez y cuarto. Se está haciendo tarde, pero quizá no demasiado para llamar a Naomi y pararle los pies antes de que empiece a descargarle una lluvia de groseros insultos. Alarga la mano para coger el teléfono, pero justo cuando está a punto de descolgarlo, el diablillo blanco vuelve a sonar. De nuevo piensa que es su hermana, y se equivoca otra vez.

Una voz trémula y menuda contesta a su dígame, musitado entre dientes, con una pregunta apenas audible: *¿El señor Baumgartner?* Pronuncia las palabras alguien tan joven y tan claramente en apuros que una súbita alarma se apodera de Baumgartner, como si todos los órganos de su cuerpo funcionaran de pronto al doble de su velocidad normal. Cuando pregunta quién es, la voz dice *Rosita*, y enseguida comprende que algo debe de haberle pasado a la señora Flores, la mujer que primero vino a limpiar la casa unos días después del entierro de Anna y desde entonces ha seguido viniendo dos veces por semana

para fregar el suelo, pasar la aspiradora a las alfombras, lavarle la ropa y ocuparse de otras múltiples tareas domésticas que le han evitado vivir rodeado de mugre y desaliño durante los últimos nueve años y medio, la buena de la señora Flores, formal, silenciosa y reservada las más de las veces, con su marido, trabajador de la construcción, y sus tres hijos, dos chicos mayores y la pequeña de doce años, Rosita, delgaducha y de magníficos ojos castaños que viene de visita todos los años en Halloween para recoger su bolsa de golosinas.

¿Qué ocurre, Rosita?, pregunta Baumgartner. ¿Le ha pasado algo a tu madre?

No, dice Rosita, a mi madre no. A mi padre.

Baumgartner espera unos momentos mientras la chica derrama unas cuantas lágrimas contenidas en un breve y sofocado acceso de llanto, y como la pequeña sigue haciendo esfuerzos por dominarse porque no quiere rendirse y dejarse ir del todo, su respiración se ha convertido en una serie de estremecimientos y jadeos entrecortados. Baumgartner entiende que como la señora Flores tenía que venir a casa esta tarde y como se encuentran en Semana Santa y su hija no va al colegio, ha dado instrucciones a Rosita para llamar al señor Baumgartner e informarlo de la emer-

gencia mientras ella se enfrenta con lo que sea que le haya pasado a su marido.

Una vez que han cedido un poco los jadeos y las lágrimas reprimidas, Baumgartner formula la siguiente pregunta. Agrupando los fragmentos del relato de la niña sobre lo que le ha dicho su madre, que a su vez lo ha sabido por otra persona, deduce que el señor Flores se encontraba haciendo unas reformas en la cocina de una casa y mientras estaba en el sótano del cliente cortando tablones con la sierra circular, operación que ya ha realizado antes centenares si no miles de veces, no se sabe cómo se ha rebanado dos dedos de la mano derecha.

Baumgartner ve los dos dedos cortados, que caen sobre un montón de serrín en el suelo. Ve la sangre fluir de los muñones sin piel, en carne viva. Oye gritar al señor Flores.

Finalmente dice: No te preocupes, Rosita. Sé que es horrible, pero lo pueden arreglar. Los médicos le colocarán de nuevo los dedos en la mano a tu padre, y cuando vuelvas al colegio en otoño, estará en perfectas condiciones.

¿De verdad?

Sí, en serio. Te lo aseguro.

Como la niña está sola en casa y se encuentra su-

mida en un estado de auténtico pánico desde que su madre salió para el hospital, Baumgartner sigue hablándole durante diez minutos. Al concluir la conversación, en cierto momento logra arrancar a la niña algo parecido a una carcajada, y cuando al fin cuelgan, ese pequeño remedo de risa es lo que persiste en él, porque está casi seguro de que será la cosa más importante que vaya a realizar en todo el día.

Sin embargo, Baumgartner está impresionado. Coge una silla y se sienta, fija la mirada en el renegrido cerco de una vieja mancha de café mientras repasa mentalmente la escena. Angel Flores, veterano carpintero de cuarenta y ocho años, mientras hace algo que ya ha realizado a la perfección en repetidas ocasiones a lo largo de muchos años, de manera súbita e inexplicable comete un error y por un simple descuido se produce una grave lesión a sí mismo. ¿Por qué? ¿Qué le hizo perder la concentración y distraerse de la tarea que tenía entre manos, que era sencilla si prestaba atención y peligrosa si se descuidaba? ¿Se despistó por algún compañero de trabajo que bajaba por las escaleras en ese momento? ¿Le pasó inadvertidamente por la cabeza algún pensamiento inconexo? ¿Se le posó una mosca en la nariz? ¿Sintió una repentina punzada de dolor en el estómago? ¿Bebió

demasiado la noche anterior o discutió con su mujer antes de salir de casa, o...? De pronto se le ocurre que el señor Flores tal vez se cortó los dedos en el preciso momento en que él, Baumgartner, se quemaba la mano con el cacillo. Ellos mismos, la causa de sus respectivas desgracias, aunque la de uno sea mucho mayor que la del otro, y sin embargo, en cada caso...

Suena el timbre, interrumpiendo el flujo de las divagaciones de Baumgartner. Maldita sea, dice mientras se levanta despacio de la silla y, arrastrando los pies, se dirige a la parte delantera de la casa. Ni siquiera lo dejan pensar a uno.

Cuando abre la puerta de entrada, Baumgartner se encuentra con el rostro del inspector de la luz, un individuo alto, fornido, de veintinueve o treinta años, vestido con la camisa azul del uniforme de la compañía de electricidad y el logotipo PSE&G estampado en el bolsillo izquierdo y, justo debajo, bordado con hilo de un amarillo chillón, el nombre del empleado que lleva la camisa: ED. Por lo que deduce Baumgartner, la mirada de Ed expresa tanto esperanza como consternación. Extraña mezcla, piensa, y cuando Ed le brinda una vacilante sonrisa a modo de saludo, el efecto es aún más confuso: como si el hombre casi esperase que le dieran con la puerta en las narices.

Para calmar la inquietud del hombre, Baumgartner lo invita a pasar a la casa.

Gracias, señor Boom Garden, dice el empleado de la compañía eléctrica, cruzando el umbral de una zancada. Se lo agradezco.

Más divertido que molesto por la confusión con respecto a su apellido, Baumgartner dice: ¿Por qué no nos llamamos por el nombre de pila? Yo ya sé el suyo —Ed—, de modo que ¿por qué no deja lo de señor y me llama Sy?

¿Sí...?, dice Ed. ¿Qué clase de nombre es ese?

No, no es sí, sino Sy, S-Y. Una abreviación de Seymour, el ridículo nombre que me pusieron mis padres al nacer. Sy no es para tirar cohetes, lo admito, pero al menos es mejor que Seymour.

Usted también, ¿eh?, dice el inspector de la luz.

Yo también, ¿qué?, dice Baumgartner.

Se ha quedado con un nombre que no le gusta.

¿Qué tiene Ed de malo?

Nada. Lo molesto es el apellido.

Ah. ¿Y cuál es?

Papadopoulos.

No tiene nada de malo. Es un apellido griego normal y corriente.

Para quien viva en Grecia, quizá. Pero en Estados

Unidos a la gente le da risa. En el colegio los demás niños se burlaban de mí y, hace unos años, cuando era lanzador en la liga de Clase A, todo el público se echaba a reír cuando anunciaban mi apellido por el altavoz. A cualquiera le da eso, como se llame. Complejo.

Si tanto le molesta, ¿por qué no se lo cambia?

No puedo. Mi padre se llevaría un buen disgusto.

Baumgartner empieza a aburrirse. Si no interrumpe esas divagaciones fuera de lugar, Ed Papadopoulos pronto empezará a soltarle la vida entera de su padre o a recordar los altibajos de su carrera en las ligas menores, así que Sy, diminutivo de Seymour, cambia bruscamente de tema y pregunta a Ed si quiere echar una mirada al contador, que está en el sótano. Así es como se entera de que es el primer día de trabajo del joven y de que el contador de abajo va a ser el primero que lee como empleado fijo en la plantilla de la Public Service Electric & Gas Company, lo que explica por qué no se ha presentado a la hora prevista: no por culpa suya, desde luego, sino porque una pandilla de veteranos le ha gastado una broma esta mañana —¡su primer día de trabajo!— y le ha vaciado el depósito de gasolina de la furgoneta hasta dejarlo solo con combustible suficiente para desplazarse unos

ochocientos metros, lo que produjo que la furgoneta se parase en una calle atestada en plena hora punta y fuera la causa del embarazoso retraso. Lo lamenta, dice, siente mucho haberle causado esa molestia. Ojalá hubiera tenido el buen juicio de comprobar el indicador de la gasolina antes de empezar la ruta, entonces habría estado aquí a tiempo, pero esos estúpidos graciosos tenían que gastarle una broma solo porque era el nuevo, para ver si le echaba la bronca el encargado. Otra de esas meteduras de pata y lo pondrán en periodo de prueba. Dos más, y probablemente lo echarán a la calle.

Para entonces, Baumgartner está a punto de gritar. ¿De dónde sale esta musculosa cotorra, se pregunta, y con qué medios podrá contenerse ese inagotable flujo de palabras? Y, sin embargo, pese a su creciente irritación, no puede evitar cierta sensación de simpatía hacia ese afable zopenco, de manera que, en vez de hacer acopio de aire y soltar un alarido a pleno pulmón, Baumgartner emite un blando y casi inaudible suspiro y echa a andar hacia la puerta que conduce al sótano.

Está ahí abajo, dice, en la pared del fondo a la izquierda, pero cuando acciona el interruptor para encender la luz, el sótano sigue a oscuras. Maldita sea,

dice Baumgartner, haciendo esfuerzos por dominarse del mismo modo que la pequeña Rosita se ha esforzado por no llorar cuando hablaron antes, debe de haberse fundido la bombilla de abajo.

No hay problema, dice Ed. Tengo una linterna. Forma parte del equipo, ¿sabe usted?

Bien, entonces seguro que lo encontrará.

Puede que sí y puede que no, dice el inspector de la luz. No le importaría bajar e indicarme dónde está, ¿verdad? Solo esta vez, para que no le haga perder más tiempo.

Se le ocurre a Baumgartner que Ed Papadopoulos tiene miedo de la oscuridad, o quizá solo de los sótanos sin luz, sobre todo en casas viejas como esa, con telarañas colgando de las vigas, bichos gigantesos correteando por el suelo y Dios sabe cuántos objetos invisibles bloqueando el paso al contador, y, por consiguiente, aunque no le cabe duda de que Naomi lo llamará en cuanto ponga el pie en el último escalón, Baumgartner conviene de mala gana en ir primero para mostrarle el camino.

La escalera del sótano es vieja y se tambalea, otra cosa que Baumgartner se ha prometido arreglar y aún no ha hecho, ni siquiera después de años de haberse hecho la misma promesa con el mismo énfasis de

resolver pronto el problema, porque nunca se le ocurre pensar en la escalera hasta que baja al sótano, y una vez que vuelve a subir y cierra la puerta, se le olvida. Ahora, sin bombilla en el techo que ilumine los peldaños, y con la única fuente de luz viniendo de la linterna de Ed, que va detrás de él, Baumgartner alarga cautelosamente la mano hacia la barandilla de madera astillada, pero en cuanto se agarra a ella siente mil pinchazos de agujas fantasma en la palma y los dedos quemados: como si se los chamuscara otra vez. Retira la mano al instante y, como a la izquierda no hay barandilla, ya no tiene sitio alguno donde sujetarse, pero, confiando en que conoce bien la escalera después de vivir tantos años en la casa, aventura un primer paso hacia abajo, se le escapa por un centímetro el peldaño de madera, pierde el equilibrio en la oscuridad y cae rodando hasta el pie de la escalera, se da un golpe en un codo, luego en el otro y por último se hace polvo la rodilla derecha contra el duro suelo de cemento.

Por segunda vez esa mañana, Baumgartner grita de dolor.

El grito se funde en un prolongado acceso de gemidos mientras su cuerpo, hecho un higo, se retuerce sobre el suelo húmedo. No se da cuenta de que conti-

núa moviendo los miembros y, sin embargo, sabe que no ha perdido el conocimiento porque en la cabeza le da vueltas una serie de pensamientos incoherentes, pero como le resultan vagos e incomprensibles no podrían calificarse de verdaderos pensamientos, supone, y los relega a la categoría de casi pensamientos o no pensamientos, salvo quizá porque, a pesar del dolor que lo asalta en los codos y la rodilla derecha, no le duele la cabeza, lo que significa que el cráneo ha sobrevivido a la caída sin traumatismos graves, lo que a su vez sugeriría que, a fin de cuentas, el accidente no lo convertirá en un inútil babeante listo para el asilo. Un momento después, sin embargo, con Ed de pie sobre él y alumbrándole la cara con la linterna, Baumgartner, incapaz de encontrar palabras para decirle que dirija la luz a otra parte, deja escapar otro gemido mientras se tapa los ojos con la mano derecha. La incapacidad de expresar sus pensamientos lo preocupa, incluso lo asusta. Eso demuestra, cuando menos, que la función intelectual sigue confusa, si es que después de todo no está dañada de forma permanente o, si no, simplemente alterada de momento por el dolor que se le ha propagado a diversas partes del cuerpo además de a la cabeza, en particular al codo derecho, que parecía como si le fuera a estallar en llamas cuando levantó el brazo

para taparse los ojos con esa mano, la misma mano derecha que ya se ha quemado esta mañana y que todavía le duele, sin duda porque en el último momento atenuó la caída lanzando las manos hacia delante al darse contra el suelo de cemento al pie de la escalera, aunque no tenga recuerdo alguno de tal suceso.

Hay que joderse, dice Ed. ¿Está usted bien?

Tras una larga pausa, Baumgartner se las arregla al fin para que a duras penas le salgan algunas palabras de la boca. No lo sé, dice. Por gratificante que resulte advertir que no ha perdido la facultad del habla, los dolores aún son demasiado fuertes para cantar victoria. Al menos no me he matado, prosigue. Eso ya es algo, supongo.

Pues claro que es algo, contesta el inspector de la luz, eso es lo único que importa. Pero dígame, Sy, ¿dónde le duele?

Mientras Baumgartner enumera las partes magulladas de su cuerpo, Ed, asumiendo el papel de preparador físico, evalúa cuidadosamente las posibles lesiones sufridas por cada maltrecho músculo, tendón y hueso, y una vez completado el inventario, pregunta a Baumgartner si tiene fuerza suficiente para que lo ayude a levantarse del suelo y subir la escalera.

Vamos a intentarlo, dice Baumgartner. Si no puedo, pronto lo sabremos.

Así que Ed Papadopoulos, un desconocido que ha entrado en casa de Baumgartner no hace más de diez minutos, levanta del suelo al anciano con la mano derecha mientras sostiene la linterna con la izquierda y luego, tras pasar el brazo derecho por el torso y las costillas de Baumgartner y sujetarlo firmemente, inicia el laborioso proceso de maniobrarlo para subir la estrecha y desvencijada escalera. Entre todos sus padecimientos, Baumgartner descubre que la rodilla es lo que más le duele, le duele tanto que el solo hecho de apoyarse en ella es como un suplicio de gritos, de alaridos que parecen la clamorosa discordancia de cuarenta linceas aullando y, sin embargo, alentado por los solícitos cuidados y el hábil y musculoso brazo de Ed, Baumgartner está decidido a resistir todo lo que pueda sin quejarse, a soportar los aullidos y los gritos en un silencio estoico, a toda prueba. Por consiguiente, incluso cuando Ed se lanza de lleno a contarle su lesión en la rodilla de cuatro años atrás, una rotura de menisco que lo apartó del campo durante la mayor parte de la temporada y acabó con su carrera de lanzador, Baumgartner no emite sonido alguno salvo algún que otro gemido, ni tampoco habla ni

grita cuando Ed sigue explicándole que cuando se recuperó de la lesión y volvió, su bola rápida había perdido aguijón y la bola curva energía, y ahí se acabó todo, dice, Hasta nunca, chico, me alegro de haberte conocido, e incluso entonces, mientras sigue atrapado en la prolija historia de sueños rotos y cafés jamás bebidos del exlanzador, asunto que dura exactamente los cuatro minutos que tardan en subir la escalera, Baumgartner no se lo reprocha a Ed y, en cambio, se aferra a las palabras del inspector de la luz como a una nefasta pero bienvenida distracción del dolor.

Una vez llegados a lo alto de la escalera, Baumgartner sigue apoyándose en Ed mientras entran en el salón, donde su protector lo deposita renqueante en el sofá y luego le apoya la cabeza en un par de cojines bordados. Tenemos que poner hielo en esa rodilla, dice el joven, y antes de que Baumgartner pueda decirle que la máquina de hielo del frigorífico no funciona, Ed desaparece de la habitación. Baumgartner oye que abre y cierra el congelador. Instantes después reaparece Ed, con aire a la vez confuso y apesadumbrado. No hay hielo, dice, hablando en el tono de un niño que acaba de enterarse de que Santa Claus no existe, un adolescente inquisitivo que acaba

de averiguar que Dios no existe, o un moribundo que acaba de descubrir que el mañana no existe.

No se preocupe, dice Baumgartner, me encuentro bien.

Yo no estoy tan seguro, dice el empleado. Parece que está bastante machacado, Sy. El pelo alborotado, los pantalones todos sucios y manchados. Lo mejor sería llevarlo al hospital para que le hicieran alguna radiografía. Solo para asegurarse de que no tiene nada roto.

Olvídese, dice Baumgartner. Nada de hospitales ni radiografías. Lo que me hace falta es descansar un poco, poder tranquilizarme. Enseguida estaré como nuevo.

Bueno, como quiera, dice Ed, examinando detenidamente a su paciente mientras unas ruedas diminutas e invisibles empiezan a girar en su cabeza. Al menos deje que le traiga un vaso de agua, ¿no?

Gracias. Un vaso de agua me vendría estupendamente.

Minuto y medio después, mientras Baumgartner bebe, Ed se sienta bruscamente en el suelo y se inclina hacia delante hasta casi juntar la cara con la de Baumgartner.

Dígame, Sy, ¿en qué año estamos?, le pregunta.

Baumgartner se detiene en pleno sorbo, traga el agua que ya tiene en la boca y dice: ¿Qué clase de pregunta es esa?

Solo sígame la corriente, Sy. ¿Qué año es?

Bueno, vamos a ver. Si podemos eliminar 1906 y 1687, junto con 1777 y 1944, entonces debemos de estar en 2018. ¿Qué tal? ¿Bastante cerca?

Ed sonrío y dice: Justo en medio del plato.

¿Satisfecho?

Dos o tres más, solo para pasar el rato.

Con un profundo suspiro de desesperación, Baumgartner considera darle un sopapo en las narices o seguirle el juego por cortesía. Cierra los ojos, suspendido en la encrucijada entre el viejo cascarrabias malhumorado y el sabio espiritual, y acaba diciendo: De acuerdo, doctor. Siguiendo pregunta.

¿Dónde estamos?

¿Dónde? Bueno, pues estamos aquí, desde luego, donde siempre estamos: cada uno encerrado en su aquí desde el nacimiento hasta el día de su muerte.

Muy cierto, pero me refiero más bien a la ciudad en la que estamos. El lugar del mapa donde ahora mismo nos encontramos los dos.

Bueno, en ese caso estamos en Princeton, ¿verdad? Princeton, en Nueva Jersey, para ser exactos. Un

sitio precioso pero deprimente a mi modo de ver, aunque solo se trata de una opinión. ¿A usted qué le parece?

Pues no sé. Nunca he estado antes aquí. Me parece muy bonito, pero no vivo de la misma manera que usted, así que no puedo decirlo.

Baumgartner quiere tomarle el pelo mientras siguen las preguntas, pero no se atreve. La fuerza de voluntad del bondadoso joven sofoca cualquier impulso de burla, y así, una vez finalizada la pequeña sesión de preguntas y respuestas, cuando el inspector de la luz queda satisfecho de que su paciente no sufre una conmoción ni tiene otros síntomas graves, Baumgartner le dice que ya le ha quitado demasiado tiempo y debe marcharse a seguir su itinerario, cuanto antes, porque hoy tendrá que leer más contadores, lo que súbitamente recuerda a Ed que con el desconcierto consiguiente a la caída de Baumgartner por la escalera se le ha olvidado leer el contador, y sin decir palabra coge la linterna y se apresura a salir del salón para completar su primer trabajo como miembro del personal fijo de la compañía PSE&G.

Mientras oye el resonar de las botas escalera abajo, Baumgartner reflexiona sobre la curiosa madeja de circunstancias que lo han dejado tumbado con un

dolor punzante en los codos y un tormento en la rodilla hinchada, por lo que sin duda andará cojo durante varias semanas, si es que no tiene que pasarse así todo el verano o quizá hasta el fin de sus días. No se puede hacer nada, dice para sus adentros, y luego vuelve a dirigir sus pensamientos hacia el pobre señor Flores y el espantoso asunto de los dos dedos cerceados. Qué horroroso ver que uno mismo se hace eso en el propio cuerpo, piensa Baumgartner, no solo ver cómo los dedos se desprenden de la mano, sino saber que uno mismo es el causante de su propia mutilación. Por todo lo que ha oído decir, hoy en día los médicos suelen ser capaces de volver a coser los dedos cortados y logran que funcionen de nuevo con normalidad, pero no conoce a nadie que haya sido objeto de una de esas restauraciones milagrosas, y por tanto espera no haber mentido a Rosita cuando le aseguró que al final su padre volvería a estar entero, porque no se debe mentir a los niños, *nunca*, bajo ninguna circunstancia, aunque esa norma pueda quebrantarse a veces con los adultos.

A estas alturas se le ha olvidado su ensayo sobre Kierkegaard y el libro que pensaba llevarse arriba para rematar la frase que estaba escribiendo. También se ha olvidado de llamar a su hermana y en prin-

cipio del hecho de tener una hermana, porque han ocurrido muchas cosas desde que eso era importante, cosas para él apremiantes que, por otro lado, podrían haber formado parte de la vida de otra persona. De momento, su único plan consiste en seguir descansando un rato y esperar a que Ed termine de hacer su trabajo con el contador y vuelva del sótano, en cuyo momento le dará las gracias por sus muchas atenciones y hará que se vaya. Cierra los ojos y durante un par de minutos sus pensamientos pasan sin rumbo de un asunto a otro, pero pronto se queda sin temas y a los pensamientos sigue una serie de imágenes oníricas, la mayoría de Anna cuando era joven, y una detrás de otra la muestran con una sonrisa, frunciendo el ceño, dando vueltas por alguna habitación, sentada en una silla en algún sitio, poniéndose de puntillas y estirando los brazos hacia el techo.

Cuando se despierta, la luz que se filtra por la estancia sugiere que ha pasado algún tiempo. Baumgartner calcula que no han sido más de doce o quince minutos, pero cuando consulta el reloj, las manillas dicen que ya es la una menos diez, lo que significa que se ha quedado dormido por lo menos cuarenta y cinco minutos o una hora. Echa una mirada a la mesita auxiliar que tiene justo a su derecha y ve que han dejado

una nota manuscrita encima de un montón de libros. Si quiere leerla, tendrá que alargar el brazo derecho para cogerla con la punta de los dedos, lo que una vez más le exigirá probar el estado del codo, pero qué coño, piensa, sé valiente, chico, y a por ello, de modo que Baumgartner estira el brazo y, aunque tiene el codo magullado y dolorido, el suplicio no es tan tremendo como para reclamar algo más que un sonoro gemido.

Querido Sy: Cuando he subido estaba usted dormido. No he querido molestarlo, así que me he marchado. Cuando termine de trabajar iré a la tienda y le compraré una bolsa de hielo. Le vendrá bien, detendrá la hinchazón de la rodilla. También compraré una bombilla nueva para el sótano. Espéreme entre las 18.00 y las 18.30. Atentamente, Ed Papadopoulos.

Extraordinario, dice Baumgartner para sus adentros. Un completo desconocido que se molesta en hacer todo eso. En un mundo lleno de gilipollas y bestias egoístas, de pronto aparece como un ángel de la misericordia este inocente bonachón, y seguro que sí, el hielo le servirá de mucho, porque tiene la rodilla sumamente sensible y ahora se le han abotagado los músculos en torno a la rótula, mullida sobre un lecho de sangre y tejidos dañados o lo que se forme bajo la piel cuando una parte del cuerpo empieza a hincharse.